

ARCHIVOS (DES)INTEGRADOS: VISIONES DE LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA EN LA NARRATIVA DE CARMEN VINCENTI

Mariana Libertad Suárez
Universidad Simón Bolívar
marisuarez@usb.ve

La vehemencia de las masas en el siglo XXI: a manera de introducción

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga, siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

(Simón Bolívar, “Carta de Jamaica”)

Hablar de la integración latinoamericana y de las lecturas que, desde la Venezuela el siglo XXI, propone Carmen Vincenti en sus novelas *La noche oscura del alma* (2005) y *Las muñecas y el moloch* (2006) exige presentar una visión, aunque sea so-

El replanteamiento del problema de la integración latinoamericana en la década de los noventa, influido notoriamente por el ascenso al poder de Hugo Chávez Frías en Venezuela y la consecuente puesta en circulación de una reescritura abrupta del imaginario bolivariano, trajo como una de sus múltiples consecuencias la proliferación de representaciones mediáticas y literarias que pretendían decir o desdecir el proyecto de nación y los mapas subjetivos generados por el Estado. Como todos los momentos de fundación del país, tras la reforma constitucional de 1999 que le dio pie al nacimiento de la República Bolivariana de Venezuela, muchos de estos ejercicios discursivos en pugna —que perseguían la modelización y la organización social— fueron respondidos y/o recontextualizados en otras escrituras —sin duda, menos avaladas por los medios de comunicación social—, cuya finalidad era señalar los procesos de homogenización y exclusión que conllevaban

mera, de los cambios políticos que han sufrido tanto el país como el continente desde comienzos de la década de los noventa. A este respecto, las dos intentonas golpistas que llevó a cabo Hugo Chávez Frías en 1992, la entronización de este personaje en el imaginario nacional y su elección, en 1999, como Presidente de la República constituyen un punto de partida interesante. No sólo porque la organización que legitimó todos estos desplazamientos en el mapa sociocultural de la nación se hiciera llamar “Movimiento Bolivariano Revolucionario 200”¹, sino porque además, en sus principios, estas transformaciones sociales pretendían revivir una perspectiva de lectura en torno al discurso y la imagen del libertador, que se había mantenido fuera del canon literario continental durante más de un siglo.

Cabe recordar el artículo “Itinerario del culto nacional: el fantasma de Bolívar”, de Christopher Conway (1998), donde se afirma que la propuesta integracionista simbolizada en la Gran Colombia causó la expulsión temporal de los ideales bolivarianos de las letras nacionales. Por entonces, reafirmar el discurso del libertador suponía renunciar a la autonomía y los límites de cada país, en un momento de la Historia nacional en que las fronteras eran esenciales para la subsistencia del territorio. Asimismo, en el artículo se señala que:

Antonio Leocadio Guzmán, Tomás Lander, Fermín Toro y Juan Vicente González construyeron un Bolívar abstracto, separándolo de toda la constelación de problemáticas constitucionales, regionales y militares que caracterizaron sus últimos años en el poder, para

algunas iniciativas integracionistas en debate.

En este grupo destacan las obras de Carmen Vincenti. Novelas como *La noche oscura del alma* (2005), o *Las muñecas y el moloch* (2006), no sólo contienen una proclamación de existencia frente a cualquier intento excluyente de integración latinoamericana sino que, además, fungen como un dispositivo de inscripción de la mujer intelectual en el campo cultural venezolano del siglo XXI.

Palabras clave: Integración latinoamericana, mujer intelectual, Carmen Vincenti, República Bolivariana de Venezuela, narrativa.

(Dis)integrated Archives: Visions of Latin American Integration Represented in the Novels of Carmen Vincenti

The presidency of Hugo Chávez Frías in Venezuela, during the nineties, prompted the rewriting of the Bolivarian imagery and raised once again the issue of Latin American integration. The constitutional reform approved in 1999 that led to the Bolivarian Republic of Venezuela, allowed the state machine to write new discourses that sought to organize society and shape new subjects. These models were contested by other texts that nevertheless, lacked the dissemination of mass media.

armonizar las contradicciones de la historia republicana y sentar las bases de una ideología nacional. Fue una compleja tarea fundadora; el signo bolivariano nacional no existía, y vástagos del militarismo bolivariano amenazaban el constitucionalismo de la República. La transición que condujo a las divisiones provocadas por el período grancolombino y que trasladó a Bolívar a una órbita ideológica no se repetiría: fue el primer paso de un culto nacional que arranca del supuesto fundamental de que el héroe pertenece a la Venezuela republicana postindependiente (Conway, 1998: 12)

A partir de ello, es posible deducir que tanto el discurso como la representación de Bolívar reconstruidos por el MBR 200 intentan remontarse a la primera mitad del siglo XIX, una fase anterior a la disolución de la Gran Colombia, durante la cual la autonomía de las regiones y de las instituciones estaban cargadas de peligrosidad en el imaginario pro-independentista².

Uno de los intentos más claros de revivir esta propuesta —en el intersiglo XX-XXI— lo constituye el proyecto denominado ALBA o “Alternativa Bolivariana para las Américas”, aportado por el gobierno venezolano en el año 2004, como “la propuesta de unidad de los pueblos latinoamericanos caribeños, la idea del Libertador Simón Bolívar de conformar una Confederación de Repúblicas” (Bossi, 2005) y presentado, por sus mismos creadores, como una consecuencia de algunas iniciativas decimonónicas, entre las que destacan: los planes de gobierno de Francisco de Miranda, de 1801; la proclama de Coro, de 1806;

This other group of texts denounced a process of homogenization and exclusion that underlay the integration initiatives proposed by the state. The writings of Carmen Vincenti are an example of this second group. Her novels *La noche oscura del alma* (2005), and *Las muñecas y el moloch* (2006) proclaim their existence against any attempts to impose an exclusive Latin American integration. In addition, they serve as a device for the recognition of intellectual women in Venezuela's cultural field in the XXI century.

Key words: Latin America Integration, Intellectual Woman, Carmen Vincenti, Bolivarian Republic of Venezuela, Narrative.

el plan de operaciones de Mariano Moreno, de 1810; y la Carta de Jamaica, de Simón Bolívar, de 1815³.

Como era de esperarse, tanto el proyecto integracionista propuesto en el siglo XXI como su ejecución, evidenciaron el desplazamiento de una serie de subjetividades y acciones del ideario bolivariano asumido, abiertamente, como modelo. Por ejemplo, a lo largo de todo el siglo XIX, los límites de las naciones latinoamericanas y los propósitos de integración que los involucraban fueron presentados como proyectos conscientes de la clase intelectual. Es decir, novelistas, periodistas y ensayistas del continente asumieron para sí la tarea de narrar una nación, ubicarla en un espacio-tiempo definido y delimitar en su interior las prácticas sociales necesarias para generar las subjetividades que permitieran su subsistencia. Aun más, según expone Alicia Ríos en *Gestar la nación: prensa y cultura en el siglo XIX* (2006), tras la aparición tardía de la imprenta en Venezuela, en 1908:

gracias muy particularmente a los periódicos, comenzó a consolidarse lo que Benedict Anderson ha llamado comunidad imaginada, es decir, la conciencia, entre ciertos habitantes, de pertenecer precisamente a una comunidad en especial, de tener vecinos cercanos y lejanos con quienes se establecían diversos tipos de relaciones sociales, comerciales y políticas. La idea de formar parte de un lugar específico, compartir ciertas características generales y particulares, y la necesidad de diferenciarse de esos otros con quienes se compartía menos fue estableciendo unos lazos muy particulares que harán que la clase rectora —letrada, al decir de Ángel Rama (1984)—, que es la que podía leer esos impresos y periódicos comience a reconocerse como tal y a luchar por los derechos que ahora, más que nunca, está segura de merecer (177)

Curiosamente, en los discursos integracionistas del siglo XXI, la figura tradicional del intelectual se despoja de su poder simbólico, al tiempo que la clase política pasa a ocupar el rol rector tanto de los límites de las repúblicas, como de sus alianzas internacionales. Los jefes de Estado, no necesariamente ligados al sector intelectual de la sociedad, serán los encargados de concebir y ejecutar las relaciones trasnacionales de sus países. Por ello, en muchas ocasiones, el proceso didáctico y persuasivo que caracterizó las propuestas bolivarianas de

primera mitad del siglo XIX, fue sustituido por dictámenes legales, acuerdos económicos o intercambios comerciales; al tiempo que el diseño de una historia o de un pasado común —tan útil para justificar la integración continental en el siglo XIX— comenzó a ser reemplazado por la noción de porvenir y la necesidad de lograr el bienestar en un tiempo futuro.

Es decir, pese a que han existido, a lo largo del siglo XIX y durante el XX, una serie de propuestas integradoras nacidas de la clase intelectual —que abarcan desde aquellas contenidas en ensayos tan emblemáticos como *Ariel* (1956), de José Enrique Rodó, o en *Calibán* (1965), de Roberto Fernández Retamar, hasta las nuevas aproximaciones compiladas por Néstor García Canclini y Juan Carlos Moneta, en *Las industrias culturales en la integración latinoamericana* (1998)—, estas reflexiones han permanecido, al menos dentro del imaginario propuesto desde la Venezuela del siglo XXI, en un espacio utópico. En un gesto absoluto de demarcación de los hechos y las ideas, en el proyecto integracionista de la Venezuela actual se establece que el pensamiento posterga la acción y, por tanto, entorpece el desarrollo de la “unidad real”. Aun más, sólo hay una idea posible —formulada en el siglo XIX y, por tanto, inmodificable— en torno a la cual se exige la ejecución concreta de proyectos o, como expone Rodríguez Gelfenstein:

El Alba es una realidad que tiene que llegar a ser mejor, tiene que mejorarse cada día, *en un proyecto que no está escrito*, es un nuevo proyecto que *no lo está haciendo alguien en particular*, es un proyecto que nuestros pueblos están construyendo, somos una conjunción de organizaciones sociales y partidos de gobiernos, no podemos estar separados, debemos unirnos en torno a la idea, bolivariana y tenemos resultados, ya tenemos resultados que podemos mostrar, por ejemplo el acuerdo energético entre Nicaragua y Venezuela. Quien haya venido aquí a Nicaragua hace dos años podrá saber que aquí habían ocho hora diarias de apagón, ¿hoy ustedes han tenido apagones?, si los hay son mínimos, eso gracias al Alba, *eso es gracias a la decisión del Gobierno del Comandante Ortega y del FSLN que decidió que este país hermano entrara al Alba* (Gelfenstein, 2008). (Las cursivas son nuestras).

A esta movilización del sujeto integrador se suma la rearticulación del espacio integrado. Las asociaciones regionales que se proponen no sólo en el

ALBA —constituida por Cuba, Venezuela, Nicaragua, Bolivia y la Mancomunidad de Dominica—, sino también en otros gestos integracionistas como el MERCOSUR no suponen una cercanía geográfica de las naciones, sino una supuesta afinidad cultural que, por cierto, suele entrar en conflicto con la revaluación de las minorías sociales que determina la existencia de estos organismos. En otras palabras, el territorio unificado en estos tratados, a diferencia de la Gran Colombia, no constituye una notable porción del continente, sino pequeños fragmentos que pueden o no colindar, según sea el caso. Por ello, el pacto se ve obligado a construir sus cimientos en un gesto de unificación cultural o, lo que es lo mismo, de omisión de las especificidades históricas de las distintas naciones.

Estas dos particularidades traen como consecuencia la alteración de las plataformas discursivas donde se producen las alianzas latinoamericanas. Es decir, las ideas de integración ya no se exponen por medio de arengas persuasivas, ni de ensayos educativos, ni siquiera de proclamas públicas; sino que se generan —o al menos así se sugiere en los distintos tejidos mediáticos— en espacios cerrados para el —llamado dentro de sus documentos— “pueblo latinoamericano”. Lugares donde sólo ingresan quienes detentan el poder político y tienen la potestad de decidir sobre los fondos, los límites geográficos y la organización social de sus naciones.

Para comprobarlo, es suficiente contrastar las actas constitutivas de estos tratados con los documentos decimonónicos erigidos como originarios del ALBA. Al contraponer estilos y estructuras y revisar —sobre todo— quiénes los firman y a quiénes van dirigidos, el nuevo sujeto enunciador adquiere un perfil autoritario, más administrador que idealista. Por ejemplo, el hecho simple de sustituir el diálogo epistolar entre “un americano meridional” y “un caballero de esta isla”, que identifica la Carta de Jamaica, por declaraciones de solidaridad con la firma del presidente de cada nación, hace obvio el distanciamiento ético y estilístico entre los actuales discursos integracionistas y aquellas subjetividades llamadas a protagonizar su proyecto de país.

Por ello, no es del todo extraño que las identidades resultantes de estos nuevos discursos sean aún más difíciles de naturalizar en el continente, que aquellas producidas en el pensamiento bolivariano. Si los presidentes investidos de su poder simbólico establecen acuerdos de cooperación económica y social que acaban por transformarse en leyes, sin duda, corren el riesgo de

prescribir las subjetividades sin haber desarrollado las prácticas sociales que las soporten. O, lo que es lo mismo, enfrentan el peligro de enunciar discursos tiránicos, llenos de pautas de conducta ilegibles para gran parte de la población.

De igual forma, este proceso de prescripción subjetiva obliga a una agrupación y homogenización, en ocasiones arbitraria y acrítica, de algunos ciudadanos que —a diferencia de lo que ocurría casi doscientos años atrás— ya habían logrado desarrollar sus propias plataformas de enunciación. Los llamados, en diversos tratados integracionistas, “sectores sociales” “víctimas de la pobreza extrema [y/o] la exclusión étnica, social y de género”⁴, a lo largo del siglo XX se fueron desprendiendo de la uniformidad que los había definido en las décadas anteriores y —si bien en ocasiones las categorías sociales donde habían sido inscritos siguieron funcionando como anclas identitarias elegibles para el desarrollo de su subjetividad— su individuación dentro del imaginario nacional resulta innegable.

El caso particular de los sujetos femeninos, agrupados en más de un documento integracionista bajo el apelativo “nuestras mujeres”, da buena cuenta de ello. Si bien es cierto que, como dice Luz Marina Rivas (2006): “No puede comprenderse la literatura de las mujeres sin tomar en cuenta su situación histórica y los silenciamientos de la historiografía con respecto a las mujeres en general” (711), también lo es que existe una larga tradición de escritoras venezolanas que desde la cuarta década del siglo XX, no sólo se ha esforzado por representar en diversos espacios el discurso y la subjetividad de las intelectuales como seres posibles dentro del imaginario latinoamericano, sino que además han expuesto duras críticas frente a los discursos homogenizadores del poder y el afán de definir, desde espacios remotos, los límites de la nación y sus posibles alianzas con otros países.

La lista resulta muy abundante; sin embargo, tan solo algunas reflexiones incluidas en el cuento “El puente” (1943), de Dinorah Ramos; la novela *Anastasia*, de Lina Giménez (1955); en los textos de *Entre cuatro Paredes* (1969), de Helena Sassone; o en *No es tiempo para Rosas Rojas* (1975), de Antonieta Madrid, podrían dar cuenta de que esta posición cuestionadora de los sujetos femeninos frente al discurso mesiánico de la integración latinoamericana no constituye una novedad en la narrativa venezolana. La muestra se incrementa si se extiende la mirada hacia el resto del continente.

Igualmente, las particularidades mostradas por los gestos integracionistas del siglo XXI también han generado modificaciones estilísticas, estructurales y temáticas en las respuestas que han recibido desde diversas plataformas de enunciación. Es decir, la reactivación de elementos propios del pensamiento latinoamericano de la primera mitad del siglo XIX, no sólo ha modificado la forma de ponderar la integración desde los espacios de poder en la actualidad, sino que también ha sido definitiva al momento de diseñar discursos que pongan esta línea de pensamiento bajo sospecha. Así pues, la forma como las mujeres latinoamericanas contemporáneas leen las propuestas de integración continental —con todas las particularidades que contienen— constituye, hoy por hoy, un espacio de exploración de altísimo valor.

Entre las autoras venezolanas contemporáneas que han respondido o recontextualizado la nueva visión de la identidad latinoamericana, los peligros de exclusión que conlleva y su funcionalidad dentro del campo cultural latinoamericano desde una mirada innovadora, figura Carmen Vincenti, quien en sus novelas *La noche oscura del alma* (2005) y *Las muñecas y el moloch* (2006) no sólo expone una proclamación de existencia frente a cualquier intento excluyente de integración continental, sino que además, diseña un dispositivo de inscripción para la intelectualidad venezolana en la ética y la estética latinoamericanas del siglo XXI.

La noche oscura del alma

Aun cuando constituye una enorme dificultad sintetizar la anécdota de esta novela, se puede decir que en su interior se entretajan cinco historias paralelas unidas por un espacio geográfico común: Venezuela. También funcionan como hilos conductores la pregunta permanente por la identidad nacional, continental e individual; junto a las comparaciones entre la situación personal e íntima de Adriana —una de las protagonistas—, y la situación política que se vive por entonces en su país. La mayoría de las reflexiones, tanto filosóficas como históricas, que circulan por estos relatos, se desencadenan a partir de la “tragedia de Vargas”⁵, por lo que se encontrarán sumidas en un aire de pérdida y desorientación.

En medio de este entramado de historias difusas, un punto de partida iluminador para hurgar en la lectura que hace Carmen Vincenti del ideario inte-

gracionista latinoamericano lo constituye el “Prólogo” de Antonieta Madrid incluido en la primera edición del libro. Ahí, se afirma:

¿Novela? ¿Crónica? ¿Reportaje? ¿Recuento? Noche oscura del alma, por la resonancia emocional en quienes presenciaron, o de alguna otra manera siguieron el curso de tan infaustos sucesos, significa el testimonio de una insoslayable tragedia, con todas las consecuencias humanas y sociológicas. Si se busca alguna clasificación para esta novela, se podría concluir que por haber logrado saltar la barrera de los géneros al borrar la frontera entre el dilatado espacio público y el resumido ámbito de lo privado; por haber insertado el drama personal en el drama colectivo [...] se trata de una obra digna de ser incluida en la más genuina corte de la posmodernidad literaria (Vincenti, 2005: 12)

Este gesto evidente de prescripción de la lectura invita a reconocer distintos niveles de debate en *La noche oscura del alma*. Por una parte, Madrid anuncia que tanto el contenido como el estilo de la novela dirigirán la atención hacia diversos elementos paratextuales, es decir, llamarán a la revisión del contexto de producción para su mayor entendimiento; en segundo lugar, se establece que hay una superposición de voces y perspectivas, cuya finalidad principal es quebrar cualquier discurso monolítico que pretenda establecer verdades históricas; finalmente, se insinúa la presencia en el relato de más de un proceso de construcción subjetiva, lo que llamará al replanteamiento del mapa social venezolano de comienzos del siglo XXI.

En otras palabras, el modelo de lectura propuesto en el prólogo de esta novela establece tres espacios de organización. Por un lado, se insinúa un proceso de legitimación personal de la escritora, quien, según la prologuista, conoce una realidad y, por tanto, está autorizada a pronunciarse sobre la misma. En segundo lugar, se menciona un proceso de reconocimiento del *otro* dentro de los límites del territorio y, por extensión, en el marco de cualquier relación transnacional. Por último, se afirma que la conjunción de estas voces permitirá el cuestionamiento de los discursos encarnados en el poder político.

Así pues, el diseño geográfico de los lugares aludidos, los nombres de los actores políticos construidos en la ficción y las llamadas a la Historia contemporánea de Venezuela, permiten que la autora transforme las identidades pe-

riféricas que circulan en su discurso, en sujetos compatibles con el régimen de la verdad⁶. De igual forma, esto le permitirá integrar estas miradas —junto a la suya propia— a la producción del saber y, por extensión, al campo visual del poder.

A partir de aquí resulta explicable por qué el texto se inicia con una serie de reflexiones íntimas de los personajes, con ciertas divagaciones acerca de ellos mismos, con procesos inacabados de exploración de su yo. También se entiende por qué los protagonistas se encuentran sumergidos en la desolación que provoca una tragedia natural y, por encima de ello, cómo —en medio de esta situación turbia— se asoma como única voz cohesionada, uniforme y monolítica la del Presidente de Venezuela:

El mandatario indicó que “Llegó la hora, la hora de la patria— De ir de nuevo a un referendo nacional, el segundo de toda nuestra historia republicana”, destacando que hoy “será otra fecha grandiosa para la historia”. Invitó a la ciudadanía a demostrarle al mundo entero “de lo que es capaz el pueblo de Simón Bolívar, de que estamos uniéndonos de nuevo... todos sin distinción, campesinos, obreros, indígenas, trabajadores, jóvenes, ancianos, católicos, ateos, protestantes, profesionales de diversos géneros, uniéndonos después de tantos años de desunión”. Aconsejó levantarse muy temprano para acudir a votar (Vincenti, 2005: 45-46)

Sin duda, las referencias al sueño de Bolívar, las alusiones al “pueblo” como constructo informe y los comentarios posteriores sobre la unidad, sirven para delimitar la nueva subjetividad encargada de producir y/o instalar una nación en el siglo XXI. Es obvio que quien ocupa el poder político dentro de esta novela desea enfrentarse a la historiografía como discurso hegemónico. Por ello, hace afirmaciones taxativas y desconoce los acontecimientos sociales más recientes al decirse “único en la historia republicana”; sin embargo, también se esclarece en la novela que este personaje quiere instituir como verdad su heroísmo, por medio de un anecdótico ajeno al resto de los sujetos y de los relatos que constituyen la narración.

En su alegato hay referencias a “todos sin distinción”, hay una asignación de territorios de permanencia para “campesinos, obreros, indígenas, trabajadores, jóvenes, ancianos, católicos, ateos” y un reconocimiento de la impor-

tancia actancial de cada uno de los “sectores” delimitados; no obstante, la jerga asignada a la voz enunciadora, tanto más si se contrasta con la circunstancia en la que se encuentran el resto de los personajes, asoma un gesto homogenizador: un esfuerzo por negar la singularidad de los sujetos enunciados, a favor de su empleo como “imágenes del proyecto”.

Se hace obvio entonces que, dentro de esta ficción, el Presidente, encargado de delimitar el territorio y sus relaciones, no necesita —para la edificación de su proyecto nacional— conferirles voz a los subordinados, ni legitimarlos como sujetos del saber, sino que —por el contrario— pretende autorizar su propia voz y su lógica, como conocimiento irrefutable capaz de construir una otredad. Asimismo, “el mandatario” erige su expresión como la única habilitada para definir el rostro y la función “del pueblo de Simón Bolívar”. Esta reducción explicativa se verá reforzada cuando comiencen a establecerse paralelismos entre la nación deseada durante la guerra de independencia y la que se inaugura con el advenimiento de la “República Bolivariana de Venezuela”.

Curiosamente, ninguna de las respuestas a los discursos presidenciales será asignada a un personaje particular, sino que aparecerán en el texto como comentarios intermitentes y absolutamente despersonalizados, lo que —en un guiño irónico— estaría acatando el deseo masificador de la nación antes descrito:

Otros comentarios:

El 15 de diciembre de 1999 figurará junto al 26 de marzo de 1812 en la cronología de las desventuras venezolanas. En una y otra fecha las fuerzas de la naturaleza y la agresividad del autoritarismo se combinaron armónicamente para ahogar a Venezuela en el légamo de la barbarie. En los albores de la nacionalidad los estragos del terremoto fueron aprovechados para desalentar el patriotismo de la mayoría ignara y supersticiosa. Ahora, a fines del milenio y la centuria, un régimen cuartelario y ventajista se vale del voto de una ínfima minoría para imponer una ordenanza con ínfulas de Constitución que barre con invalores conquistas de la civilización y degrada nuestro país a la miserable condición de lo que algunos tratadistas llaman Estado-cuartel (Vincenti, 2005: 69).

Basta con una lectura superficial de este fragmento para notar que la “ideologización” del espacio urbano se extiende hacia la percepción del territorio nacional —tanto por parte del poder político, como de los ecos que lo adversan— y alcanza el espacio de las relaciones transnacionales. Ahora bien, hay una diferencia sustancial entre los gestos organizadores del Presidente y las respuestas anónimas que los rechazan: la relación entre lo memorable y lo primitivo (De Certeau, 1988)⁷. Si bien es cierto que, con las referencias históricas constantes, el gobierno venezolano es representado en esta novela como la entidad disciplinaria de la ciudad, del país y —en ocasiones— hasta del continente, también lo es que el deambular permanente de los personajes que pueblan la trama da cuenta de un discurso *otro*, que ha percibido, creado y reproducido un territorio alternativo.

Estas voces incorpóreas que se enfrentan a las diversas negociaciones dejan sus huellas en el —nuevamente demarcado— espacio nacional. Por ello, el ideario sobre el que se soporta la República Bolivariana de Venezuela se presenta como un gran palimpsesto no reductible a la linealidad de la memoria. Es decir, si bien es cierto que, dentro de la obra, el Presidente pretende omitir buena parte del curso de la historia y empalmar su desempeño con los fundamentos ideológicos de la guerra de independencia, los receptores de su discurso asumen este proyecto, y a todos sus ejecutores, como artefactos culturales modernos y, por tanto, revestidos de necesidades de éxito social y reconocimiento mediático:

El presidente, en su mensaje a la nación, afirmó que este será el año de la reconstrucción del país, del despegue de la revolución y de la república bolivariana. En su alocución por cadena nacional desde el Palacio de Miraflores hizo un llamado a la paz, la unión y la solidaridad de los venezolanos. Señaló que se construirá un nuevo régimen en lo político, vendrá un repunte económico luego de tantos años de hundimiento y una actualización del respeto a los derechos humanos. Aprovechó para hacer una síntesis —en veinticinco minutos— del último milenio en Venezuela. Habló del imperio aborígen, de la Conquista, de la Revolución de la Independencia, de las últimas escaramuzas del siglo XIX y comienzos del XX hasta los cuarenta años nefastos del Pacto de Puntofijo. No se refirió directamente a la problemática de las costas pero al salir, en respuesta a la

pregunta de varios periodistas, declaró que Vargas y las otras zonas afectadas serían prioritarias en la labor de reconstrucción del país (Vincenti, 2005: 107-108).

El uso permanente de términos como “reconstrucción”, “actualización” o “repunte”, ejercen resistencia ante todas las alusiones a la Historia venezolana de comienzos del siglo XIX; no obstante, a medida que avanza la novela, se deja claro que el empleo de estos vocablos sólo obedece a la imposibilidad que enfrenta este proyecto nacional de generar su propia retórica. Es decir, que ante la dificultad para definir los modelos de organización social e integración como algo novedoso, los personajes que ocupan el poder político dentro de esta obra se verán forzados a volver sobre un vocabulario en desuso y tratar de reactivarlo. Por ello, estos personajes se tornan cada vez más reiterativos y emplean insistentemente las mismas categorías de pensamiento y análisis, lo que desestabilizará, poco a poco, sus postulados éticos y políticos. Todo lo cual se hace aún más evidente cuando las arengas proselitistas se contrastan con la narrativa personal incluida en *La noche oscura del alma*. En los últimos apartados del libro, a medida que los personajes que protagonizan las historias de amor, los dramas personales y la tragedia natural, cargan emotivamente sus intervenciones, la exposición de la Historia patria y los proyectos políticos en pugna se hace cada vez más mecánica, más vacía y más repetitiva. Igualmente, resulta interesante que este automatismo se extienda hacia todos los partidarios de la nueva nación, de la integración continental y del proyecto bolivariano.

En el apartado que lleva por título “Nadie”, por ejemplo, Gabriel, uno de los personajes secundarios, introduce un documento oficial del gobierno. En un tono satírico, asegura que ha destacado “los fragmentos más lucidos —y lúcidos— del egregio asesor del Supremo” (136), y los resume ante la audiencia:

Se dedica a justificar por qué las circunstancias que se avecinan lo obligarían a asumir —de una manera cada vez más explícita— un liderazgo personal “sobre la totalidad del proceso venezolano”. Todo ello dentro de la mejor retórica tribunalicia. Pero no se detiene ahí. Escuchen esta perla, y juro que leo sin cambiar una sola palabra: “Además está la cuestión de la proyección internacional. En mi opinión existen hoy todos los elementos

que permiten hacer del presidente un líder de toda la América hispano-criolla” ¿No es delicioso? Nos convoca para “internacionalizar” —en todo el espacio hispanoamericano— la figura carismática de nuestro “líder”, es decir, y la contención se me escapa, que ha nacido en nuestras tierras un nuevo adalid de los pueblos del continente (Vincenti, 2005: 136).

La lectura de este documento se realiza frente a varios personajes que escuchan incrédulos la propuesta integracionista y que, tal y como lo ha hecho el protagonista de la escena, se confiesan incapaces de separar la idea de unión latinoamericana, de las decisiones personales de los poderosos. Esto se ve reforzado con la elección del término “adalid”, de la jerga militar en desuso, para referir al presidente. No sólo se trata de un individuo que ocupa una posición ajena a la cotidianidad de “su pueblo”, sino que —además— tiene la tendencia a creer que los territorios nacionales americanos equivalen a un batallón antiguo.

No hay relación alguna —o si la hay, no es automática, ni unánime— entre la propuesta del mandatario y la memoria discursiva previa, fundadora de la identidad venezolana. Por el contrario, a partir de este momento de la novela, aparecerá una serie de pronunciamientos que harán proliferar los núcleos interpretativos sobre la unidad del continente. Las identidades —en tanto procesos sociales de designación de los individuos— aquí representadas, poblarán de conflictos y debates todas las propuestas integracionistas del siglo XXI aludidas en el marco de la ficción.

Asimismo, en el texto no sólo se ponen bajo sospecha las distribuciones espaciales, las relaciones internacionales y los acuerdos establecidos desde el poder; sino que también adquieren una dosis importante de inestabilidad las categorías teóricas usadas para pensar el territorio continental. Hablar de “Europa” y “América”, de “norte” y “sur”, o de la “América hispano-criolla”, supone una ambigüedad cada vez más fehaciente en el proceso de constitución de la novela. Este efecto también se logra a través del contraste de diversas expresiones. Una vez que Gabriel ha presentado el documento, el diálogo que se sostiene a su alrededor hace del país un espacio más diverso, en la misma medida en que el discurso del poder adquiere un semblante monolítico:

decía, entonces, y cito, que *ÉL* —con mayúsculas, no nos confundamos— “no sólo está en capacidad de conducir a Venezuela: podría ser, también, el referente obligado de las Fuerzas Armadas humilladas de toda nuestra América hispano-criolla”. Y lo mejor para el final: “La idolatría (en un sentido estricto), y no tanto la historiografía, impregna la cultura de este país. En un sentido histórico profundo, la revolución venezolana es la prolongación de un mito histórico”. Entendámonos: para este señor la verdadera tradición hispánica es la del caudillo del siglo XIX, origen de la “patria grande” con la que todos hemos soñado, y a ese caudillo debemos adorarlo como depositario de una misión superior que lo pondrá al frente de la política occidental, ¿les quedó claro? [...] Y una última acotación iluminadora: alguien dijo que el fascista está desprovisto de memoria. No aprende nada. Lo que equivale a decir que no olvida nada (Vincenti, 2005: 137).

Lejos de acatar el mandato de cohesión y continuidad que hay dentro del texto leído por uno de los personajes, las subjetividades representadas dentro de esta novela ponen de relieve la heterogeneidad sobre la cual pretende operar este imperativo. Ciertamente, podría pensarse que el autor de este discurso y rector del proyecto de nación propuesto, tiene a su cargo la salvaguarda de una forma de pensamiento tildada casi de decimonónica, por quienes escucharon su proclama; lo que podría prestarse a especular que, de alguna forma, la imagen del Presidente se encuentra cercana a la del pensador integracionista anterior a la disolución de la Gran Colombia; sin embargo, es obvio que en este texto la imposición de “la patria grande” como proyecto, así como la autodesignación del líder que la regirá, carecen de toda posibilidad de interpelación. Esto imposibilitará, hasta el final de la novela, la construcción de identidades realizables en el marco de este proyecto.

El elemento más disonante en este respecto lo constituye el gesto mismo de Gabriel, quien tras leer la proclama, analizarla y desechar cualquier posibilidad de pacto, le pide a Adriana —la protagonista y una de las mujeres que lo escucha— que se dedique a hacer caricaturas basadas en esta propuesta de nación y de integración. Esto equivale a decir que, lejos de percibir el nacimiento de alguna subjetividad en esta proclama, los personajes de la obra ven una sátira, un icono inexpresivo e inmutable, incapaz de erigirse como modelo e impedido de devolverles la imagen que ellos tienen de sí mismos.

Este gesto acaba por colmarse de ironía cuando la caricaturización de este “cuerpo” de la nación venezolana, la integración latinoamericana y sus dirigentes, es ejercida —en un gesto de aparente inconciencia— por quienes ocupan los espacios de poder:

Escuchen, resulta ahora —¿no lo han leído?— que la propaganda del gobierno se va a sustentar en una versión final del famoso Pokémon, el monstrico de las tiras infantiles. Aunque cueste creerse, nuestro excelso comandante estrenará el 4 de febrero (fecha gloriosa) su propio monstruo propagandístico —creado especialmente para él en un derroche de originalidad—, al que, como era de esperarse, ya bautizó con el nombre de “El Patriota”. Este engendro criollo aparecerá encartado en *El Correo del Presidente* —publicación que pagamos los venezolanos con nuestros impuestos, dicho sea de paso—, y, según declara su creador, está inspirado en superhéroes como el Capitán América y Superman, ¿no les parece de fábula? Este nuevo héroe, por supuesto, se identificará con una simbología venezolana, buscando reforzar la identidad con una máscara tricolor y un uniforme de siete estrellas [...] utilizará frases del Libertador —quien sin duda ya debe haberse salido de su tumba para revolcarse—, citará fragmentos de la carta Magna, dice textualmente la noticia, estará dirigido a los lectores jóvenes (Vincenti, 2005: 183).

Sin duda, el hecho simple de conferirle al artífice del proyecto de integración la necesidad de definir el rostro de la Patria, de encarnar el continente y de revivir el discurso de Bolívar, sirve para señalar la voluntad y, al mismo tiempo, el impedimento de perpetuar determinada ideología sin la ubicación de individuos venezolanos en categorías predefinidas. La creación, por medio de las tiras cómicas, de amalgamas donde se puedan inscribir las distintas subjetividades, llama a un deseo de reducción de la individualidad para conseguir la realización del proyecto nacional y transnacional planteado. En *La noche oscura del alma*, la autora reflexiona en torno a varias estrategias usadas para tal fin, entre ellas destaca la relación automática entre poder político e historia oficial:

Fernando [Kirchner] y yo nos hicimos grandes amigos, y claro, tenemos en común el amor de nuestros pueblos, porque sabrán que a él también lo eli-

gieron —hace poco, por cierto, y le esperan igual que a mí largos años de labor patria— por aclamación popular, con una mayoría de votos aplastante, como a mí, que es a lo que no se resigna la oposición, esa minoría hecha de los excrementos de la cogollocracia partidista, esos pobres escuálidos que serán aplastados por la revolución en marcha a pesar de sus campañas terroristas. Porque, no se equivoquen: si hay que sacar el pueblo a la calle, y al ejército con todo su armamento, no dudaré en hacerlo. A cualquier costo hay que vencer a los adversarios de Bolívar, a los adversarios de la verdad que conspiran contra el país (Vincenti, 2005: 228).

Pese a la pérdida de solemnidad en esta intervención, al igual que en el resto de las arengas que expone del Presidente dentro de la novela, en este caso la Historia se construye desde la retórica del saber monumentalista⁸; no obstante, la incondicionalidad necesaria para sostener el proyecto ideológico sólo se presenta como una parte más del “deber ser”. De hecho, la lectura de estos pronunciamientos como ajenos en el tiempo y el espacio, hace que la estructura no provoque en quienes perciben estas expresiones identificación alguna, ni con la Historia referida, ni con el proyecto anunciado, tendencia que se mantendrá hasta el final de la novela.

A partir de aquí, es posible leer *La noche oscura del alma* como un ejercicio de descentramiento de la retórica integracionista venezolana. Como la inscripción y/o reducción de un proyecto que pretende mostrarse como continental e inclusivo, en un individuo y en una corporalidad determinados. Como un gesto desarticulador del poder que se verá complementado en las siguientes obras de Carmen Vincenti aún con más consistencia, dado que las subjetividades que circulan por sus ficciones posteriores serán cada vez más periféricas y menos trascendentes al momento de diseñar el mapa continental idealizado por el poder.

Las muñecas y el moloch

Aunque este libro, publicado un año después de *La noche oscura del alma*, pareciera estructuralmente más sencillo, también contiene varias historias. En principio, una muñeca que, según se puede deducir, ha sido fabricada desde hace más de un siglo, le relata a otra más joven la historia de la casa donde se

encuentran. Esta narración estará enmarcada en los grandes acontecimientos de la Historia de Venezuela. A la vez, los dos personajes se encuentran en la casa de un escritor muy famoso que no tiene posibilidad de escuchar sus diálogos y que, paralelamente, reconstruye su vida y una relación amorosa experimentada varios años atrás. Finalmente, hay una mujer encargada de la limpieza de la casa que a diario ve una telenovela, cuya trama constituye la tercera anécdota de la obra.

Dada su estructura, este texto permite el diálogo franco entre los pensamientos de comienzos del siglo XIX y finales del XX. Crea un contraste de las perspectivas, bajo un único hilo conductor: la experiencia amorosa. Todos los sucesos históricos reconstruidos dentro de este discurso son empleados como marcos para comprender las relaciones humanas, la intersubjetividad y el nacimiento de las diversas sensibilidades que han atravesado el continente durante más de cien años.

Uno de los primeros aspectos resaltantes de la novela es el nuevo perfil del intelectual. Gregorio, el protagonista, es presentado por la voz narrativa de una muñeca quien, al verlo, resalta como su primer rasgo de identidad la apariencia física. Tras un “No es tan feo el tipo como me pareció ayer” (Vincenti, 2006: 19), se introduce el nombre propio de este personaje. El despojamiento de este varón, letrado y urbano, además, recién llegado de Europa, de todo poder simbólico, así como su reducción a la función ornamental, servirá para mostrarlo como contrapeso de los pensadores decimonónicos encargados de diseñar naciones y territorios de pertenencia.

La desintegración del ideario independentista, además, no dependerá de él, sino que estará a cargo de la voz de esta muñeca ciega, cuyos sentidos más desarrollados son el olfato —equiparable a la intuición— y el oído — que legitima el saber oral—, con lo cual, el conocimiento analítico y didáctico que fundamentan los discursos sobre la independencia, son desechados como herramientas para edificar la narración:

Si no hubiera sido por la guerra que se vino encima con sus pisadas ininteligibles de botas humeantes, violencias, desamores, carcajadas, órdenes de bocas hambrientas, revoltijos de tierra desesperada. Sigilosos, llegaron hasta mí los susurros de las conspiraciones o los secretos de los esclavos, algún aullido de vientre violado, el retumbar de un tiro solitario en la

noche, los sofocos de una blanca amando a un negro en las losetas del patio. Pasaron muchos muchos años, créeme que no los puedo contar. Hubo entierros, sosiegos totales, barullos incomprensibles, tiros de escopetas en guerra, cascos de caballos que no encontraban su lugar, brisas dulces que se iban haciendo mortecinas, sismos que sacudieron la entraña de las paredes y columnas y ahogaron con su estruendo la luz de las mañanas (Vincenti, 2006: 56).

Obviamente, si se tratara de rastrear el origen del proyecto de unidad nacional y continental del siglo XXI —comentado en las páginas siguientes de la novela— dentro de este pasado perfilado desde la memoria emotiva, el trabajo de reconstrucción se tornaría por demás estéril, hecho que supone el primer puente entre *La noche oscura del alma* (2005) y *Las muñecas y el moloch* (2006). Pese a que dentro de la primera novela queda un rezago de discursos totalizantes, en ambas propuestas, el pasado y sus lecturas múltiples alejan de manera definitiva las nuevas proposiciones integracionistas —y, por extensión, a sus artífices— de la ciudadanía común.

Paradójicamente, tanto en una como en otra obra, resulta imposible hablar de desarraigo. Si bien es cierto que ninguno de los personajes principales de las dos novelas es capaz de digerir, comprender y asumir como propias las propuestas territoriales y transnacionales que se diseñan desde el poder; también lo es que la historia personal de cada individuo, su reconstrucción particular del pasado y sus intercambios subjetivos, le permiten tejer —sobre el mismo territorio geográfico que ha pretendido trazar el poder— un espacio de pertenencia, cuya función principal es proporcionar los soportes simbólicos necesarios para erigir su identidad.

Asimismo, el proceso de reterritorialización del ideario integracionista generado en la Venezuela de finales de los noventa, no sólo se lleva a cabo con la presentación de los hechos colectivos acaecidos en la primera mitad del siglo XIX, sino también con la revisión —desde la subalternidad— de la Guerra Federal, es decir, de otro de los acontecimientos presentados como anclas ideológicas de los tratados integracionistas del siglo XXI:

Al pobre don Anselmo lo animaban las preocupaciones. El país andaba cada día más agitado y no se hablaba de otra cosa que del descontento polí-

tico, más aún, ya se acercaban los vientos de lo que fueron luego las guerras federales y si hubiera sido por él se hubiera largado toda la familia. Lo que pasa es que Anelisa vivía en su mundo de pasiones personales, y Linda ni hablar, pero yo no podía evitar darme cuenta de que la casa se llenaba y se vaciaba espasmódicamente de otros miembros de la familia, que vivían en Caracas, esparciendo convulsiones y alarmas. De hecho se producían airadísimas discusiones entre ellos que más de una vez hicieron centellar la sangre. Me acuerdo sobre todo de una ocasión en que varios pelearon salvajemente por dos hombres perseguidos que uno de ellos había escondido en uno de los cuartuchos del fondo de la casa (Vincenti, 2006: 87).

En este momento, se introducen en la novela varios elementos dignos de mención. Por un lado, se establece que los grandes conflictos bélicos, que abarcan la redefinición de la identidad y de las relaciones internacionales, se desarrollan fundamentalmente en la capital. Quienes viven en las afueras de Caracas, se enteran de las noticias por segundas voces y, pese a que se sienten afectados y llegan a establecer riñas personales, no están involucrados dentro de la toma de decisiones. Así pues, si se pretende reconstruir esos espacios de enfrentamientos a partir de la definición del “yo”, el resultado es un discurso esquivo y lleno de baches.

A esto se suma la necesidad explícita de historiar la cotidianidad, que Vincenti atribuye a sus personajes. Pese a que la Guerra Federal se autoproclamase un movimiento insurreccional que liberaría a los últimos esclavos de Venezuela —es decir, a los campesinos, sirvientes del hogar y trabajadores en general—, los sujetos femeninos de cualquier estrato socioeconómico, más aún de aquellos que vivían en la provincia, no formaban parte de aquel “pueblo” que debía ser reivindicado; por ello, al narrar el día a día, la muñeca establece que su vida y la de sus dueñas no se alteró en gran medida.

Ahora bien, ¿cómo leer los proyectos integracionistas heredados del ideario que rodeó la creación de la Gran Colombia y la Guerra Federal si no es posible la reconstrucción de estos dos momentos históricos, ni su inscripción clara en la memoria colectiva? ¿Cómo es posible leer una nueva nación y unas nuevas relaciones transnacionales si la primera delimitación del territorio estuvo colmada de agujeros que sólo podían ser llenados por el discurso ficcional? Las referencias, en esta novela, a la década de los sesenta y la de los noventa del siglo

XX —que, sin duda, constituyen dos momentos claves al momento de pensar los proyectos de integración latinoamericana— permiten una aproximación interesante.

Cuando Gregorio discute con Marcela, su antigua pareja, tratan de revivir ciertos espacios de su vida. Se preguntan entonces si su visión revolucionaria y panamericanista de años atrás tiene sentido en 1999:

Pero ya desde entonces [la década de los sesenta] yo tenía la lucidez de entender que mi participación en cualquier cambio tendría que ser fuera del movimiento colectivo. La eterna historia del conflicto entre la suma de fuerzas individuales y el poder de las masas.

— Ay, Gregorio, pareces la voz cavernosa de una lección de sociología de bolsillo.

— Gracias por el piropo [...]

— Pero es que es un tema cancelado por irresuelto. No se trata de eso, además. Los sesenta ya están lejos con sus secuelas negativas y positivas. Porque sí hubo secuelas, no me lo vas a negar.

— Incapaz. La prueba la tenemos ahorita enfrente, con este caudillo insólito que está allí, en gran parte, por el trasnocho de tantos sesentosos. ¿Vas a acudir al llamado del «referéndum», por cierto?

— Sí, aunque probablemente sea inútil (Vincenti, 2006: 137).

Sin duda, el puente que establecen los personajes entre los años sesenta y los noventa resulta conclusivo para tratar de comprender cómo se mira la integración latinoamericana en estas escrituras. Por un lado, en la novela se plantea que al examinar no sólo la retórica, sino también la temática de las reivindicaciones sociales que cada una de estas concepciones latinoamericanistas proclamaba buscar, se encuentran varias coincidencias. Por ejemplo, en ambos proyectos persiste la intención de sincretizar la heterogeneidad étnica, cultural e ideológica del continente, bajo la figura de un hombre nuevo. Pero, a la vez, se establece que este movimiento constituye una acción reduccionista, y si bien pretende —o, al menos, eso confiesa— impugnar el discurso colonial y occidentalista, continúa subordinando la representación subjetiva de los habitantes del continente a un personaje poderoso, mestizo y masculino. A lo que se suma que, en los noventa, la alegoría del hombre latinoamericano adquiere rango militar.

La imposibilidad, reiterada a lo largo de toda la novela, de identificarse con este molde subjetivo deja al descubierto que no por llamativa, la retórica de quienes ocupan los espacios de poder en la década de los noventa, es original. El hecho simple de expresar el carácter masivo de este discurso tres décadas antes de que sea enunciado por el denominado “caudillo insólito”, establece tanto el tono anacrónico de la arenga, como el proceso de usurpación que legitima la permanencia de un individuo en el poder. El país y el continente que este personaje “imagina”, no sólo resultan comunes y hasta gastados para Gregorio y Marcela, sino que además, adquiere altos niveles de artificiosidad.

Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre en *La noche oscura del alma* (2005), dentro de esta obra, los dos personajes que ocupan posiciones cercanas a la intelectualidad, pese a su poca o nula ingerencia en el espacio público, se ven en la necesidad de reescribir la nación, la identidad y los límites del continente. De hecho, no se cuestiona en *Las muñecas y el moloch* (2006) el hecho mismo de querer establecer una identidad latinoamericana, sino la indiferencia de quienes permiten que eso se haga desde la plataforma del poder político:

— [De Venezuela]...emigra una clase media acomodada a la que le queda chiquito un país por el que nunca ha hecho nada, o una clase media profesional (con frecuencia, media en lo profesional, también) que ha tenido la oportunidad de asomarse a otros espacios justamente por la beca que le ha dado ese mismo atrasado sistema al que ahora le dan la espalda.

— ¿Y no te has planteado que quizás lo hacen porque no resisten verse en esa cara del espejo — la de acá— con la cual no se identifican en absoluto?

— Quizás, pero eso funciona, en gran medida, desde un imaginario colonizado —aunque ya esté tan demodé la palabrita— que tergiversa los referentes. Y sobre todo, no tacha la otra verdad de una actitud —patética— que ve solamente lo más superficial de esas culturas tan admiradas, sin plantearse jamás las distorsiones de esas mismas culturas porque no se dan la oportunidad de mirar hacia adentro, como te acabo de decir. Los venezolanos no se tienen fe, no se aman a sí mismos, y yo lo que quiero es pintar con palabras la historia de ese desamor. Supuestamente favorecen las formas de vida de otros países pero no se toman el menor trabajo por implantarlas adecuadamente (Vincenti, 2006: 158).

Las reflexiones políticas y teóricas del intelectual del siglo XXI, perfilado por Vincenti, rompen con la polaridad entre poder simbólico y poder político que se establecía en la novela anterior. Gregorio no representa un quiebre radical con el proyecto panamericanista bolivariano, sino una rearticulación en la Venezuela de los noventa. La imagen utópica de la nación y del continente constituyen un punto común entre la arenga presidencial y la del escritor, de hecho, en casi todos los diálogos de Marcela y Gregorio, se asoman ciertas continuidades del discurso contradicho. Pese a ello, es imposible dejar de destacar dos elementos fundamentales que alejan estas posturas de la visión gran-colombina del continente, y que bien podrían resumir la visión de Vincenti en torno a la nación venezolana y la posible integración en el siglo XXI.

Por un lado, la tensión masa-individuo permanece irresuelta, por tanto, más que un debate ideológico, en estas ficciones se plantea la discusión en torno a la integración continental como la medición de fuerzas de poder. En ambas obras se establece que el proyecto panamericanista del siglo XXI obedece a una voluntad personal, al culto hacia un individuo determinado. Por ello, las identidades que se generen dentro de este proyecto serán, por definición, subalternidades afásicas. Por el otro, las formas de subversión de esta propuesta son variadas, nacen en diversas plataformas y generan una nueva tensión también irresoluble dentro de las ficciones.

Si bien es cierto que en ambos textos se propone el continente americano como un territorio generador de identidades culturales, en ambos se niega la existencia de “antecesores naturales” para cualquier pacto transnacional. De igual forma, la unidad geopolítica es desechada a favor de la alianza que no transgreda los límites —más o menos consensuados— de una nación. Con ello, se rompe la continuidad de ciertos ideogramas del “sujeto latinoamericano” y se abren nuevos espacios de representación.

Notas

- ¹ El MBR 200 es una organización política que nació en el interior de las Fuerzas Armadas venezolanas a comienzo de la década de los ochenta y que se autodefinió como tal a partir de un juramento que hicieran cuatro militares: Hugo Chávez, Felipe Acosta C., Jesús Urdaneta y Raúl Isaías Baduel, en el Estado Aragua. Resulta por demás interesante la tensión ideológica en la que se sustenta esta pro-

puesta, dado que los fundadores del movimiento proponen como los orígenes del mismo la reconciliación del pensamiento integracionista bolivariano y la visión federalista de Ezequiel Zamora. En otras palabras, no deja de ser significativa la articulación entre independencia e integración que define este proyecto desde sus orígenes.

- ² Sin duda, en el último siglo y medio, el tema de la unión continental ha tomado diversos matices en el pensamiento latinoamericano y, en muchas ocasiones, se ha empleado la imagen de Bolívar como referente; no obstante, en el marco del proyecto integracionista planteado desde el gobierno venezolano a partir de 1999, se trató de instaurar una dependencia inquebrantable y automática entre su visión y la propuesta grancolombiana, un nexo que buscaba —y, en ocasiones, consiguió— negar la existencia de cualquier otro proyecto de cohesión diseñado entre los siglos XIX y XX. Uno de los documentos que mejor sintetiza este hecho es: “Las raíces bolivarianas del ALBA”, un discurso pronunciado por el Embajador venezolano en Nicaragua, Sergio Rodríguez Gelfenstein. Ahí, el autor propone que: “se han ido creando condiciones para reanudar el proyecto de Bolívar y no sólo de Bolívar, también el proyecto de otros padres fundadores de nuestra nacionalidad latinoamericana y caribeña, nuestramericana como la llamó Martí. Aquí tenemos lo que dijo Sandino, aquí tenemos lo que dijo José Cecilio del Valle, aquí tenemos lo que dijo Bolívar, no estamos inventando nada, estamos solamente cumpliendo el proyecto que heredamos de nuestros padres fundadores, se van creando las condiciones para que este proyecto se haga realidad, esa es la diferencia entre lo que está pasando en el Siglo XXI y lo que pasó en el siglo XIX, esa es la diferencia de lo que estamos construyendo hoy, esa es la diferencia de lo que podemos construir ahora, eso es Petrocaribe, eso es Telesur, eso es el Banco del Sur, eso es Unasur, eso es la unidad centroamericana, la materialización de eso es lo que ha preocupado al comandante Daniel Ortega y al presidente Correa, cuando han planteado la creación de una organización de estados latinoamericanos y caribeños, para que sea una alternativa válida a la Organización de Estados Americanos en la cual Estados Unidos bloquea toda nuestra iniciativa” (Rodríguez Gelfenstein, 2008). Pese a las pequeñas referencias a Martí y a del Valle, en este documento queda claro el deseo de establecer un puente único entre el discurso independentista y el actual, que justifique la existencia de estas formas “renovadas” de integración, al tiempo que obvie y/o suprima cualquier variación que la llamada “identidad latinoamericana” hubiera podido sufrir desde la disolución de la Gran Colombia hasta el intersiglo XX-XXI. De igual forma, este texto busca instaurar un parentesco natural entre las personas que protagonizaron el proyecto integracionista de Bolívar y sus supuestos herederos, estrategia que también funcionará como una constante

en el resto de los documentos fundadores de Petrocaribe, Telesur, Unasur, Banco del Sur, etc.

- ³ Además de constituir menciones frecuentes en las reuniones del ALBA y las actas redactadas a partir de las mismas, estos documentos han sido establecidos “formalmente” como antecedentes del proyecto desde su formulación. Basta con leer textos como la “Declaración final de la primera reunión Cuba-Venezuela para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para las Américas” (2005) o revisar el portal oficial del ALBA (www.alternativabolivariana.org) para constatarlo.
- ⁴ Esta expresión, tomada literalmente del acta fundacional del Banco del ALBA (2008) resulta contundente al momento de revisar la lejanía ética e ideológica que existe entre los enunciadores de la integración latinoamericana y los sujetos enunciados al interior de sus discurso, pues al hablar de “sectores” no sólo se homogeneiza a todos aquellos habitantes del continente que no se encuentran ocupando espacios de poder, sino que además, se les agrupa bajo un significante impersonal. De igual forma, en la “Instalación de la VI Cumbre Presidencial de la Alternativa Bolivariana para los pueblos de nuestra América” (2008), Hugo Chávez Frías inscribe al sujeto femenino dentro de los no educados, insalubres y excluidos, al tiempo que respalda la propuesta con la firma de otros cuatro sujetos masculinos, autorizados para definir el futuro de sus naciones.
- ⁵ Se le ha denominado así a una serie de deslaves e inundaciones que acontecieron en Venezuela, a mediados de diciembre de 1999. Se trata de uno de los acontecimientos naturales más trágicos en la historia del país, que —casualmente— coincidió con la celebración de un referéndum para aprobar una nueva constitución nacional. La misma que fungió como acta legitimante de la “República Bolivariana de Venezuela”.
- ⁶ En *Microfísica del poder* (1992) Michel Foucault aporta la categoría de “régimen del discurso” para referir el dispositivo de fuerzas, intereses e intercambios de poder que sostienen la formulación de la “verdad”. Al mismo tiempo, define el “régimen de la verdad” como las prácticas sociales reglamentadas que ponen en circulación y funcionan a partir de estos enunciados. Así pues, en el momento mismo en que desde la institución letrada que representa la autora cuyas obras nos ocupan, se legitima la cotidianidad de ciertas individualidades periféricas, se les estaría otorgando luminosidad ante el campo intelectual venezolano.
- ⁷ En *La invención de lo cotidiano* (1999), Michel de Certeau establece un paralelismo entre el escritor, que interviene el sistema de la lengua, y el caminante, que reinventa los espacios urbanos. Para explicar este proceso de tránsito y resignificación establece tres categorías: lo creíble, lo memorable y lo primitivo. En la obra de Vincenti, el ideario integracionista propuesto por el presidente y la concepción te-

ritorial de quienes lo adversan, pasan por un diseño del mapa subjetivo continental, sólo que —en cada caso— estas tres variables adquieren dimensiones diferentes. En principio, el pacto de credibilidad se disgrega en el momento mismo en que estas dos propuestas coexisten. El régimen de la verdad que soporta cada uno de estos discursos lo hace irreconciliable con el otro y, así, justifica su existencia. En segundo término, al momento de hurgar el pasado para reconstruir la memoria, el proyecto diseñado desde el poder obvia la primera mitad del siglo XX, que es precisamente el período de tiempo donde quienes pretenden subvertirlo, se anclan. Finalmente, en este mismo proceso, los espacios correspondientes a lo primitivo —es decir, los espacios que han sido estructurados “oficialmente” y no admiten revisión—, son pasados por alto en una de las propuestas y erigidos como fundamentales en la otra.

- ⁸ Según Michel Foucault (1997): “La arqueología [...] no trata el discurso como documento, como signo de otra cosa, como elemento que debería ser transparente pero cuya opacidad importuna hay que atravesar con frecuencia para llegar, en fin, allí donde se mantiene en reserva, a la profundidad de lo esencial; se dirige en su volumen propio, a título de monumento No es una disciplina interpretativa: no busca “otro discurso” más escondido. Se niega a ser alegórica” (233-234). Podría pensarse entonces que, dentro de esta obra, Vincenti propone un uso monumental de la Historia de la independencia y de las propuestas integracionistas desde el poder, que será respondido con la mirada documental sobre el proyecto de nación.

Bibliografía

- Ainsa, Fernando (1986) *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos.
- Conway, Christopher (1998) “Itinerario del culto nacional: el fantasma de Bolívar”. *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*. 6:12: 11-25.
- De Certeau, Michel (1999) *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Devés Valdés, Eduardo (2000) *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Foucault, Michel (1992) *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- _____ (1997) *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI Editores.
- García Canclini, Néstor y Carlos Moneta (comp.). (1999) *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*. Buenos Aires: Eudeba.

- Noel Lapoujade, María (2004) “Los imaginarios en la construcción de la identidad latinoamericana”. *Revista de Filosofía* 22:48 72-92.
- Páez Montalbán, Rodrigo (2007) “Algunas tendencias actuales sobre la integración latinoamericana” en *VVAA América latina: permanencia y cambio*. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos UNAM. 135-147.
- Ríos, Alicia (2006) “Gestar la nación: prensa y cultura en el siglo XIX” en Pacheco, Carlos, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan (ed/comp.). *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Editorial Equinoccio-Fundación Bigott, 177-185.
- Rivas, Luz Marina (2006) “¿Qué es lo que traman ellas?: nuestras narradoras” en Pacheco, Carlos, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan (Coord.). *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Editorial Equinoccio-Fundación Bigott, 711-728.
- Salas, Yolanda (2004) “‘La revolución Bolivariana’ y la ‘Sociedad Civil’: la construcción de subjetividades nacionales en situación de conflicto” en *Revista venezolana de Economía y Ciencias sociales* 10:2 91- 109.
- Vincenti, Carmen (2005) *La noche oscura del alma*. Mérida-Venezuela: Ediciones El otro el mismo.
- _____ (2006) *Las muñecas y el moloch*. Mérida-Venezuela: Ediciones El otro el mismo.

Documentos referidos:

- Bossi, Fernando (2005) “10 puntos para conocer el ALBA. Construyendo el ALBA desde los pueblos”, en <http://www.alternativabolivariana.org/modules.php?name=News&file=article&sid=470> (Visitada a partir del 15 de julio de 2007).
- Delegaciones de Cuba y Venezuela (2005) “Declaración final de la primera reunión Cuba- Venezuela para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para las Américas” en <http://www.alternativabolivariana.org/modules.php?name=Content&pa=show-page&pid=231> (Visitada a partir del 15 de julio de 2007).
- Chávez Frías, Hugo (2008) “Con el ALBA despiertan los pueblos. Instalación de la VI Cumbre Presidencial de la Alternativa Bolivariana para los pueblos de nuestra América” en http://www.alternativabolivariana.org/pdf/con_el_alba_despiertanweb.pdf (Visitada a partir del 1 de julio de 2008).
- Chávez, Hugo, Carlos Lage, Evo Morales y Daniel Ortega (2008) “Acta fundacional del banco del ALBA” en

M. Suárez. Archivos (des)integrados: visiones de la integración...
Estudios 17:33 (enero-junio 2009): 177-204

<http://www.alternativabolivariana.org/modules.php?name=News&file=article&sid=2668#3> (Visitada a partir del 1 de mayo de 2008).

Rodríguez Gelfenstein, Sergio (2008) "Las raíces bolivarianas del ALBA". en
http://www.barometrointernacional.org/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=237 (Visitada el 2 de febrero de 2009).